

José Ferrater Mora

## Elogio de la santa admiración



O creo que haya en la hora actual del mundo doctrina más peligrosa que la que expresa la vieja sentencia horaciana de no admirarse. Sería, con todo, poco discreto atribuir a ésta vicios de que carece. En última estancia, el no admirarse de nada, en que Horacio resume la más alta sabiduría, es el resultado de un largo proceso que comienza con una afanosa busca de la naturaleza de las

---

NOTA.—Las páginas de ATENEA se abren hoy a la pluma joven de José Ferrater Mora. Este escritor español deja ya tras de sí una honda y extensa labor de alta jerarquía intelectual. Representa en la Filosofía y en el pensamiento ibéricos una voz juvenil—es decir, nueva—y verídica. Sus escasos treinta años han dejado ahincados en el campo de la cultura y del espíritu hispanos: «Cóctel de verdad» (colección Pen, Madrid, 1931), libro de agudos y penetrantes ensayos filosóficos; «Sobre el racismo» (Barcelona, 1937); su reciente «Diccionario filosófico» (Editorial Atlante, México); y numerosos ensayos en la revista argentina «Sur».

Profesor, conferenciante y traductor, sus actividades en América le están calificando como uno de los intelectuales más representativos de la cultura española.

Con motivo de su llegada a Santiago, para dar un curso de filosofía en la Universidad de Invierno, ATENEA publica este notable ensayo que el señor Ferrater Mora ha escrito exclusivamente para nuestra revista.—  
(N. de D.)

cosas para terminar con un resignado conocimiento de que todo cuanto acontece es lo mismo, bien que de otra manera. No admirarse es, pues, aquí todo lo contrario de hacer alarde de sagacidad o profesión de indiferencia. El que, siguiendo a Horacio, de nada se admira, no es el que cree que todo lo sabe ni el que supone que nada le importa: no admirarse de nada es entonces a lo sumo enfrentarse con las cosas mediante la venerable arma de la resignación.

Muy distinto es el caso en que se encuentra el no admirarse en el presente momento. Hay en esta actitud, desde luego, una indiferencia que no debe confundirse necesariamente con la heroica virtud de la resignación, pues el que se resigna sabe muchas veces que las cosas son diferentes y que su diferencia le afecta. Pero, en realidad, no es a este tipo de falta de admiración, no menos peligroso sin embargo, al que quisiera ahora referirme. El no admirarse de nada es más bien que el ser indiferente a todo el creer que todo se sabe y, por consiguiente, el creerse dispensado de preguntar por lo que acontece. No admirarse de nada es entonces dejarse llevar por la corriente y creer que este abandono es el que responde al propio ser de las cosas; es, en otras palabras, confundir la corriente ciega que nos arrastra sin saberlo con la verdadera y auténtica realidad.

Al proponernos elogiar muy brevemente la santa admiración no queremos hacer, pues, otra cosa que remar un poco contra la corriente, sobre todo cuando esta

corriente, como a menudo sucede, nos engaña al darnos la ilusión de que nos sostiene. Lo cierto es precisamente lo inverso: sólo porque nos detenemos un poco para preguntar a dónde se dirige esta ciega corriente podremos, en definitiva, tras los primeros braceos de inseguridad, salvarnos de lo peor que puede ocurrirle al hombre: quedarse sin alma, o, como en castellano decimos, sin entrañas. Admirarse es así para nosotros, sin que podamos extendernos más sobre este punto, esforzarnos para recobrar lo que estamos en peligro de perder constantemente, lo que perdemos por el simple hecho de estar demasiado seguros de poseerlo.

#### LOS GRADOS DE LA ADMIRACION: LA BOBERIA

Pero la admiración no es siempre la misma cosa o, mejor dicho, no siempre queremos decir lo mismo cuando hablamos de admirarnos. Hay, en primer lugar, una especie de pasmo ante las cosas del que la admiración, ciertamente, se alimenta, pero que no coincide necesariamente con ella. Este pasmo es, por decirlo así, la primera abertura del alma a lo externo, la salida de un estado de obsesión y de ensimismamiento que no hay que confundir ni mucho menos con lo que se ha llamado la entrada del espíritu en sí mismo. Por lo general, existe un gran equívoco sobre eso que llamamos encerrarnos en nosotros mismos. Si, por una parte, este encarcelamiento del alma en su propio redil es lo propio del espíritu que va cobrando conciencia de sí



mismo, por otro es también el acto mecánico de la obsesión por el cual, en vez de encontrar nuestro ser, lo perdemos en el torbellino de la corriente. Hay así, por lo menos, dos sentidos distintos y aun contrapuestos de nuestra salida a lo externo y de nuestra permanencia en nosotros: encerrarse significa, por un lado, desatender lo externo en cuanto es lo ajeno y mostrenco, en cuanto no coincide con nosotros mismos y es la pura y simple llamada de la selva. El encerramiento es entonces necesario para que pueda haber una posterior auténtica espiritualización de nuestro ser, para que pueda haber, propiamente hablando, una intimidad, que no es precisamente egoísmo, sino todo lo contrario: riqueza dispuesta a darse y a entregarse, a sacrificarse como una parte que se reconoce limitada. Mas, por otro, encerrarse es desatender la llamada de la selva externa para atender a la interna, para sumergirse en las convulsiones y en la corriente de nuestros apetitos. Ninguno de los grados de la admiración tiene nada que ver con este encerramiento al cual corresponde, más que a ninguna otra cosa, el nombre del egoísmo. Pero la salida a lo externo que es, al parecer, el movimiento inverso puede ser entendida también de un modo doble: en primer lugar, significa atender a la corriente de lo externo en tanto que no es más que corriente, es decir, en tanto que no es sino la ciega violencia que arrastra y confunde y destruye todo lo entrañable; en segundo lugar, quiere decir justamente aquella actitud que, por ser profunda intimidad, ve su salvación en su

pérdida, en su abandono a todo lo que es valioso, prescindiendo de que sea útil o satisfactorio. Y únicamente en esta peculiar actitud de una entrega a lo externo que es amor y no apetencia o deseo puede darse, en sus diversos grados, esa admiración salvadora cuyo elogio creemos más urgente que nunca proclamar.

El primer grado de la admiración es, consiguientemente, esa primera abertura del alma y de la auténtica entraña a lo externo que calificamos con el nombre de pasmo. El pasmarse ante las cosas no significa necesariamente el quedar prendido por ellas, aunque el pasmo, como primer grado de la admiración, sea, desde luego, lo que más cerca se halla del deseo y de la confusión, del apetito que se sacia, no, como el amor, con la distancia, sino como el deseo, con el acercamiento. Al pasmarnos ante las cosas corremos ciertamente el peligro de que esa primera distancia que interponemos entre nosotros y ellas sean únicamente el salto preliminar para lanzarnos sobre las cosas y absorberlas. Mas el peligro es inseparable de cualquier acto humano porque los actos humanos tienen precisamente por misión salvarnos de él y apartar constantemente de nosotros la bestia que está siempre al acecho. El peligro de que el pasmo se convierta en deseo se halla en ese instante difícil en que al advertir en las cosas podemos convertirlas en bienes o darles la dignidad de objetos. En el primer caso las utilizamos. En el segundo, las admiramos. Y en un último y tercer caso, compendio de los dos, podemos servirnos de ellas sin

dejar por eso de comprenderlas, de hacerles la justicia de reconocerlas como son.

Cuando nos pasmamos ante una cosa es que ésta nos llama la atención, pero el pasmo no es todavía más que un primer y tímido paso hacia la comprensión de las cosas a que sólo la admiración conduce. Lo que corresponde al acto de la admiración es la voluntad de comprender las cosas y desnudarlas para verlas desnudas y esenciales. Lo que corresponde al acto del pasmo es, empero, únicamente la bobería. Sin embargo, no hay que creer que la bobería, el embobarse ante las cosas, consecuencia del pasmo, sea tan despreciable como quieren darnos a entender los incapaces de ella. Embobarse, quedarse prendado de las cosas, no es todavía conocimiento, pero es ya un firme camino para desembocar en él. En la bobería hay, por lo menos, una inocencia que es todo lo contrario del desdén que siente hacia las cosas el que quiere pasarse de listo. En la vida cotidiana, donde es cuestión, más que de reconocimiento de lo que es y vale, de sagacidad y listeza, se tiende siempre a no embobarse, a eludir esa infantil candidez que se nos antoja el primer grado, la ineludible condición de aquello que poco o nada tiene que ver con la listeza; el amor o el conocimiento. Las cosas, todas las cosas, aparecen entonces como instrumentos y aun como instrumentos de los que hay que aprovecharse a toda costa, en cuyo uso o manejo se puede ser, según los casos, listo o bobo. El «no seas bobo» que con tanta frecuencia se oye en el trato dia-



rio con las cosas y con las personas, convertidas también, por virtud de esa desalmada listeza; en instrumentos, es el lema de todo el que es incapaz de admirarse, porque su primer pasmo queda inmediatamente encubierto por esa actitud que se llama viveza. En el mundo cotidiano, donde dominan la viveza y la listeza, donde nadie quiere ser engañado, hay siempre las menores posibilidades de llegar a una auténtica admiración.

La bobería, en cambio, la incapacidad para aprovecharse de las cosas y de las situaciones en beneficio propio, la cándida y bendita confianza en lo que se nos ofrece, interpone entre las cosas y nosotros la distancia que exige el conocimiento cuando es verdaderamente desinteresado, es decir, cuando es, propiamente hablando, respetuoso. El hombre listo y el hombre «vivo» no tienen respeto ni por las cosas ni por las personas; todas ellas se le presentan como ocasiones que debe aprovechar si no quiere pasar por eso que considera la mayor de las desdichas, si no quiere que le llamen eso que tanto teme: bobo, cándido o pasmado. Y, sin embargo, sólo el que se decide a ser realmente cándido, sólo al que comienza por pasmarse ante las cosas o reacciona ante ellas con la más inocente bobería, le podrá ser dado aquello que jamás poseerá el hombre listo. Justamente porque el que se emboba no pretende en modo alguno pasarse de listo podrá descubrir en lo que ve aquellos valores que el hombre «vivo» no podrá sospechar nunca, porque para él no hay otros valores que

los útiles ni otra actitud digna ante ellos que la del aprovechamiento. Por eso en nuestro idioma existe una expresión que revela exactamente lo que le ocurre al final a aquel que ha querido eludir la bendita candidez de la bobería, a aquel que ha querido ante todo no sorprenderse: fracasó, porque se creía demasiado listo.

### LOS GRADOS DE LA ADMIRACION: LA SORPRESA

La bobería es, pues, una bendición, pero el embozado no llegará nunca a la verdad por la simple razón de su primer pasmo. En realidad, el pasmo lleva siempre a su lado el tremendo peligro de dejarse llevar por la misma corriente que arrastra al que es listo. Hay, pues, que ser bobo, pero no hay que ser demasiado bobo. La bobería es, en fin de cuentas, sólo un grado, el mínimo, de la santa admiración.

El paso de la bobería a la sorpresa nos pone, en cambio, en presencia de una actitud muy superior, porque al sorprendernos no nos quedamos ya simplemente prendidos por las cosas, sino que, además de hacernos abrir los ojos, nos hacen fijar en algo peculiar que encontramos en ellas, en algo que en ellas no comprendemos. En el límite inferior de la bobería o del pasmo no hay todavía ni comprensión por la peculiaridad de una cosa ni sorpresa ante ella: abrimos los ojos, mas, por así decirlo, no nos fijamos. En la sorpresa hay, por el contrario, una comprensión, pero



es la comprensión de que aquello que estamos viendo constituye ante todo un problema. La bobería nos colocaba en presencia de las cosas, suspendiendo nuestra decisión de utilizarlas y aboliendo por un momento el orgullo de la voluntad de dominio, pero las cosas vistas eran sólo indistintamente maravillosas y en un sentido profundo nos atraían. La sorpresa sigue poniéndonos las cosas delante, mas sin atraernos, porque si en la bobería y en el pasmo hay un deseo, en la sorpresa comienza ya a haber la respetuosa distancia del amor.

Mas la sorpresa no contiene solamente estos ingredientes. Las cosas no nos son para la actitud sorprendida sólo maravillosas, sino, a d e m á s , problemáticas. Por sernos primariamente un problema nos vacían no solamente del orgullo de la dominación, mas también de la soberbia del conocimiento. Lo que decimos de las cosas al sorprendernos de ellas, esto es, al fijarnos en ellas es que no sabemos lo que son. En la sorpresa radican los fundamentos de la verdadera *docta ignorantia*, que es simultáneamente principio del amor y comienzo del saber humilde, del conocimiento que se despoja de toda pretensión dogmáticamente afirmativa porque sabe que la negación y el error la acompañan siempre. En la bobería comenzamos por quedarnos mudos de asombro ante la maravilla de toda cosa; en la sorpresa empezamos a hablar, más para decirnos que aquello que vemos y en que, además, nos fijamos, es

un problema que requiere, como Hegel decía de Dios, la humildad de conocerlo.

En la sorpresa como en la bobería, no hay, por tanto, ni indiferencia ni soberbia. Mucho menos ese especial y peligroso orgullo consistente en cerrarse ante las cosas no sólo por creer que se saben, sino también por suponer que jamás podrán conocerse. La humildad de conocer las cosas es la verdadera actitud filosófica que la admiración desencadena y que se basa no tanto en una desmedida confianza en nuestras capacidades como en la esperanza de que las cosas, aun las más ocultas y secretas, están abiertas ante nosotros, nos están graciosamente dadas. Nuestra supuesta capacidad sería siempre impotente sin esa previa gracia de las cosas, sin esa posibilidad de que nos revelasen o desvelasen su ser más allá de sus apariencias, es decir, sin que ellas mismas nos manifestaran lo que son realmente, su verdad.

La verdad de las cosas comienza a sernos desvelada en el momento de la sorpresa, porque se nos aparece en ellas su problema, que es tanto como decir el primer momento de su realidad, su estar simultáneamente encubiertas y descubiertas para el ojo que la ve limpiamente y humildemente. Al no admirarnos de las cosas, no las vemos, porque tendemos sobre ellas el velo de nuestro orgullo o de nuestra indiferencia. Al producirnos pasmo, no la vemos tampoco sino en ese aspecto mínimo que constituye su ser indistintamente maravillosas, más de una maravilla que, por estar em-

bobados, no podremos discernir nunca. Al sorprendernos, las advertimos como un problema y nos sentimos humildes, pero esperanzados de que a nuestra humildad de conocer corresponda en ellas la humildad de ser conocidas. Un paso más y llegamos, nosotros mismos, más allá del pasmo y de la sorpresa, al amor por las cosas, a su admiración.

### SANTA ADMIRACION Y DIVINA VERDAD

Sorprendernos de las cosas es verlas como un problema y, por lo tanto, como una contradicción que necesita ser resuelta no tanto con la violenta supresión de lo contradictorio, como con su comprensión, con el reconocimiento de su papel; en suma, con la necesidad que tiene también lo contradictorio, y especialmente él, de ser salvado. El problema que las cosas nos plantean en el segundo grado de la admiración, en la sorpresa, despierta en nosotros, según hemos apuntado, la humildad y la esperanza, y por eso al sorprendernos llegamos a fijarnos, pero no a mirar propiamente las cosas. La visión, en el auténtico sentido de este vocablo, la teoría comienza únicamente cuando nos admiramos, es decir, cuando estamos a la vez prendidos por las cosas y sorprendidos por su problema, cuando tenemos a la vez, que la humildad de conocerlas, la esperanza de que están dispuestas a ser conocidas. Al admirarnos, miramos a las cosas sin perder ninguno de los elementos y grados que la admiración supone, pero



agregando a ellos lo que tal vez constituye la esencia o, si se quiere, la condición de la admiración: el amor.

La necesaria distancia que el amor requiere para no convertirse en apetencia o deseo es el respeto por el ser amado, respeto que en el conocimiento designamos con el nombre de objetividad. Al amar una cosa hacemos algo más que desearla y aun algo distinto que desearla: la situamos fuera de nuestras ciegas apetencias para reconocerla tal como es, lo que quiere decir, en fin de cuentas, para descubrir en ella lo que el torbellino de las apetencias no podrá jamás descubrir: su esencia y sus valores. Tal amor, que no es ciego, sino sobremañera lúcido, que es, como Pascal decía, simultáneo ardor y visión distinta de lo amado, no puede surgir a menos que haya entre el que ama y lo amado una distancia que resulta posible gracias, a que hay una atracción constantemente detenida por la necesidad que el amor tiene de ver la cosa amada o, en otros términos, de mirar a ella, de admirarla. La admiración resulta así condición y a la vez resultado del amor que conoce y—acaso sólo el amor conoce—y que tiene el valor de ver en la cosa amada la pura verdad.

Mas la pura verdad es siempre mucho más que lo que concedemos arbitrariamente a una cosa, porque en cada cosa, aun en la más insignificante, hay valores y maneras de ser que escapan por igual a nuestro comportamiento indiferente o exaltado frente a ellas. En la indiferencia nos sentimos por encima de las cosas, porque la indiferencia, cuando no es resignación, es

siempre diabólico orgullo. En la exaltación atribuimos a las cosas sobre las cuales se vierte nuestro entusiasmo aquello de que carecen, pero la misma ceguera que nos hace mirar alucinados nos vela la pura verdad de la cosa, que es siempre, conviene repetirlo, mucho más rica de lo que pudiéramos jamás imaginar, mucho más rica, por tanto, que lo que suponemos al exaltarnos ante ella.

Al admirar una cosa nos encontramos, por tanto, fuera de ella y a la vez dentro de ella, en una interioridad que es más que la penetración violenta, porque es situación inmediata ante la cosa descubierta, revelada a nosotros. La situación externa con respecto a la cosa, que había sido previamente objeto del pasmo y de la sorpresa y que ahora es motivo de admiración, consiste en un especial extrañamiento que tiene mucha semejanza con un destierro. Sucede en nuestra relación con las cosas un poco lo que nos ocurre al estar desterrados, extrañados de nuestra patria. Mientras nos encontramos en ella, la amamos sin duda, pero con un amor demasiado confuso para que pueda ser auténtico. Lo que nos liga al país donde nacimos y vivimos no es sólo el país, sino también nuestros intereses, el botín que insensatamente de él extraemos. Por eso al estar en él, en nuestro país, ocurre que no nos damos cuenta. Al salir de él, en cambio, extrañados de la patria, comenzamos a advertir lo que ésta era sin que lo hubiésemos ni siquiera sospechado: una unidad en la que quedan disueltas y apaciguadas todas las

contradicciones, en que cada cosa tiene, no su ventaja o su inconveniente, sino su sentido. Lo que primero nos ocurre al estar fuera, al desterrarnos, forzosa o voluntariamente, es ver aquello en que antes nos encontrábamos, sin advertirlo, como una unidad, como un todo del que nada puede ser desgajado; la distancia produce acaso una nostalgia, pero más allá de la nostalgia, hay una admiración por el sentido antes inadvertido, y hay, por tanto, aquello que sólo en muy raras ocasiones existe mientras nos encontramos dentro: una pregunta, un amor que, como la fe, quiere el conocimiento, el fecundo ¿por qué?

Lo que nos extraña de una cosa al sentirnos fuera de ella, a una respetuosa y amorosa distancia de ella, es su unidad y, por tanto, el sentido que tienen no sólo cada uno de sus elementos en el conjunto, sino el conjunto mismo. Sólo de esta manera podremos llegar, con las limitaciones que corresponden a nuestro modo de ser esencialmente confinado, a aquello a que la admiración apunta constantemente, a la verdad de la cosa, que no es un esquema intelectual, sino una plenitud y, por tanto, una efectiva posesión. Al poseer la cosa de la que estábamos extrañados no cumplimos, sin embargo, el primer ímpetu del ciego deseo; vamos hacia ella como purificados por nuestra humildad y nuestro respeto, sin violencia, mas también sin descanso. El pánico y la sorpresa nos habían ido alejando de las cosas para evitar ser arrastrados por su corriente, para eludir la llamada de la selva interna de nuestras ape-



tencias o la selva externa de los ajenos deseos; la admiración, en cambio, efectúa por vez primera un acercamiento, una posesión que no es ya voluntad de dominio, sino afán de sacrificio y comprensión.

La santidad de la admiración queda revelada por esa actitud tan distinta de la indiferencia como del orgullo, porque ante las cosas y ante las personas no las desdeñamos ni las aprovechamos, sino que procuramos comprenderlas en lo que son y en lo que valen, único medio de hacer aquello que se encuentra todavía más allá de la admiración, en una esfera superior que es lo que, en última instancia, justifica el admirarse: aumentar la bondad de cada cosa, llevarla a suma perfección, despertar en ella la tendencia hacia lo que el griego llamaba su bien. Mas esto no podremos ni siquiera intentarlo si, por encima de la indiferencia y del orgullo, no tenemos ante todo la humildad del conocimiento de las cosas, si no las respetamos y, por consiguiente, si no las amamos. Al preguntar ¿por qué?, al extrañarnos, comenzamos por dar a cada cosa lo que le pertenece, empezamos por ser justos esperando que en esta justicia se nos dé lo que está más allá de ella: la misericordia, la verdad del bien, superior, como había visto Platón, a la verdad del ser. Pues sólo porque la admiración es santa podrá ser divina la verdad.